

Instantáneas.



ABUELA
Y
NIETO

Núm. 109. Sábado 3 de Noviembre de 1900.

20 céntimos en España.

Ayuntamiento de Madrid

LA PRENSA ESPAÑOLA



JOSÉ DE LA LOMA
Director de «Madrid Cómic», y redactor
de «El Liberal».

Imponerse, adquirir un nombre teniendo por única tribuna el periódico diario, requiere una potente intelectualidad y un esfuerzo constante y vigoroso. Fracasaron en esta ruda tarea literatos de muchas campanillas, que en la calma del gabinete dieron elocuente prueba de su mérito. Y es que, para estos trabajos de prensa, que bien pueden calificarse de *flor de un día*, son necesarias condiciones especiales.

Condiciones que Loma—que consiguió alcanzar ese nombre por el cual suspiramos todos—posee en alto grado. Ingenio agudísimo, rápida concepción, verdadero sentido de la realidad y estilo correcto que caracteriza la nota amena y fresca, son en él cualidades tan relevantes, tan conocidas, que en justicia es vulgaridad imperdonable mencionarlas.

Muerto Eduardo de Palacio y retirado Cavia, el cetro de la crítica taurina pasó á sus manos. Habrá tal vez algún revistero más técnico que él, pero ninguno da cuenta de las corridas con tanta gracia como *Don Modesto*, que crea con sus revistas verdaderos modelos de literatura festiva. Loma, haciendo honor á su pseudónimo, niega ser literato; pero lo es, di-

ferenciándose de casi todos los demás en que... no *presume*. ¡Y este sí que es un mérito!...

Si algún día se escribe una historia íntima de los teatros madrileños, sus *Detrás del telón* serán consultados con gran curiosidad y tenidos en cuenta como datos interesantísimos. *El Indiscreto*, ó lo que es lo mismo, Pepe Loma, sabe todos los *líos* de entre bastidores y los cuenta con sin igual donaire. En esta sección es realmente un maestro.

Sus críticas teatrales poseen indiscutible autoridad y demuestran la acertada idea que tiene del arte escénico. Y sin embargo, jamás se atrevió á criticar obras de hombres como Echegaray ó Ibsen. Este exceso de modestia, muy digno de alabanza, le perjudica á veces.

Esto considerándole como redactor de *El Liberal*, en cuyas columnas lleva escribiendo once años y se ha hecho una envidiable reputación. Como director de *Madrid Cómic*, basta decir que, gracias á él, el periódico sigue siendo, como antaño, exclusivamente literario, de sana literatura, cuyas columnas son una esperanza para los jóvenes sensatos que se aprestan á la lucha.

Julio Poveda.

Instantáneas.



Director:
M. Salvi.

Revista semanal de Arte y Letras.

— Oficinas:
Clav. 1, Madrid.



SRTA. MATILDE FRANCO
Aplaudida tiple del teatro de la Zarzuela.

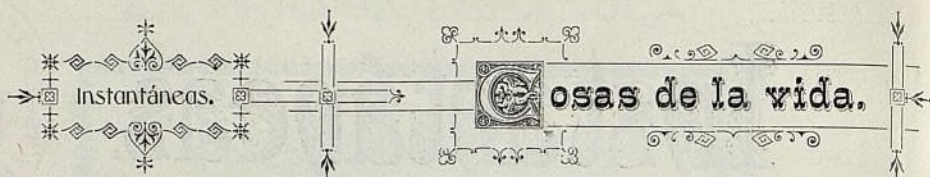
Joven y bella, Matilde Franco ha pasado en breve tiempo á la categoría de «primera» por circunstancias ajenas, no á sus méritos, pero sí á sus iniciativas.

Una indisposición hizo que la señorita Concha Segura tuviera que suspender su valioso trabajo.

Entonces Matilde Franco, á la decima representación de «La Tempranica», fué invitada á encargarse del difícil papel de «María», en que los obstáculos de pronunciación, carácter del personaje y partitura, son considerables.

Y Matilde Franco venció; el éxito perdura y Romea, como el maestro Giménez, al imprimir el libro, le tributan su gratitud y envían su aplauso, al que INSTANTÁNEAS une el suyo, muy cariñoso y atento.

S.



En otros tiempos.—Contradanza de gobernadores.—Todos unidos.—Pescadillas y centollas.—Los cortadores.—Nos divertimos.—Oviedo y Caracas,

Cuando cambiaba un Gobierno, en tiempo de nuestros padres, los que lo eran de familia se echaban á temblar si, por desgracia suya, comían el pan de la nómina, no menos amargo que el pan de la emigración.

Hoy, justo es confesarlo, la amovilidad de los empleados no es tanta, y con el tiempo la burocracia se habrá convertido en una institución con propensiones más ó menos acentuadas á considerarse superior con respecto á los humanos restantes.

Quedan, sin embargo, algunas víctimas del sistema de renovaciones, y mientras en Francia há pocos años conservaban aún cierto número de prefectos que lo eran en tiempo de Napoleón III, aquí—intra-Pirineos—apenas se estremece un ministro de la Gobernación se tambalean todos los gobernadores.

Porque, es cosa sabida, á la recepción de un nuevo Ministerio corresponde que los gobernadores bailen el rigodón de honor.

Ya era viejo el mal; pero tenía su explicación cuando las crisis totales eran frecuentes, y verdes, azules, rojos y amarillos pasaban por el poder en un lapso de 365 días, porque no se necesitaban bisiestos para tantas mudanzas. ¿Pero ahora? Precisamente en estos días hemos tenido ocasión de saber directamente (según la prensa diaria) que los partidos están unidos, conformes, y son modelo de unidad de tiempo, lugar y acción, condiciones que, como la otra, requiere la comedia política.

Hay, eso sí, un número mayor de partidos que antes, lo que parece—según cuentan—que es un perfeccionamiento; pero, aunque son muchos, están perfectamente avenidos.

Es más; se fundan otros nuevos, y en estos críticos momentos en que á la propia Unión Nacional le han salido dos disidencias (Costa y los de Cádiz), tenemos una amarga duda en el espíritu; la duda de si tendrá más razón Romero Robledo, que evangeliza desde la Coruña, ó Paraiso, que *propagandiza* desde Cádiz.

De modo que es preciso resolverse, pronto y con acierto, por la solución más favorable al país; y el que quiera saber lo que se pesca tendrá que decidirse por las *pescadillas* ó por las *centollas*.

Recordará el lector—si es gustoso de conservar la memoria—que hace más de seis meses decía que los de la supradicha Unión, con sus huelgas y cierres, estaban (como Jourdain hablaba en prosa), esto es, sin saberlo, haciendo una excelente propaganda socialista. Los hechos ocurridos creo que me dan la razón.

Pero el contagio se extiende á más, y ahora el ramo de cortadores de carne, pensando que *l'union fait la force*, ha decidido unirse, no para ponernos las peras á cuarto, sino para elevar de precio

los cuartos de kilo y entregarse á la solididad carnícera, con perjuicio evidente de los vecinos no tablajeros de Madrid.

Nos lo han advertido: Madrid consume diariamente 100.000 kilos de carne, y si ellos se declaran en huelga nos van á crear un conflicto estomacal. Si yo estuviera en el caso de las autoridades locales me permito asegurar á ustedes que *¡vaya si se comía carne!*; pero como, por fortuna, no tengo esos compromisos gubernativos, me limito á hacer observar el abuso que los apreciables carniceros (no faltos de razón, en verdad,) quieren hacer-nos soportar.

Siendo su oficio cortar carne, se han excedido á sí mismos.

¡Y ahora quieren *cortar el bacalao!*

Los coliseos, grandes y chicos, están, como los volcanes, en plena actividad.

No contentos con lo nacional, con la *repatriación* temporal de los matrimonios Palencia-Tubau y Mendoza-Guerrero, tenemos *Anillo del Nibelungo*, por *ciclos*, que debe ser *casa sportiva*; y vuelta á la temporada brevísima de la para mí superiosísima actriz italiana Eleonora Duse, que nada tiene que envidiar á la gran Sarah.

Conque ya ven los tablajeros que aquí, como en casa del chico del cuento conocido, no comemos, pero nos divertimos mucho.

Como todo el mundo, según el refrán, se acuerda de Santa Bárbara cuando truena, y aquí los vivos suelen no acordarse de los muertos sino á principios del invierno, he querido alegrar un tanto esta crónica y no hablar en ella ni de la falsa piedad de los supervivientes, ni de la pléora *Tenoril*, ni de otros asuntos tristes que pudieran interrumpir la difícilísima digestión del clásico buñuelo. Pero como algo hemos de decir en serio, contienen los plácemes de esta publicación, modesta de suyo, para el claustro universitario de Oviedo, que ha reanudado sus tareas docentes con un sabroso programa de extensión de materias, que celebro con toda el alma.

Y mientras ese ejemplo cunde y fructifica, vaya un abrazo transoceánico para los alumnos de la Universidad de Caracas, que han pedido al representante de España en Venezuela hora para acudir á él con un tributo de admiración entusiástica para los trabajos de nuestro Ramón y Cajal.

Y aun cuando yo no tengo para con el sabio aragonés ni compromisos de amistad, ni de profesión, ni soy vecino de los Cuatro Caminos, vaya mi rama de laurel para el insigne español, del que digo nuevamente, como he dicho de los Benlliure, de los Sorollas y de todos los que *laborant pro patria*: ¡Estos sí que regeneran!

Manuel M.^a Guerra.

Instantáneas.

A mi querido amigo

D. Antonio González Garbín.

En la sentidísima muerte de su esposa.

Caro amigo, tu lloro inconsolable
y tu cruel desolación comprendo:
has perdido en la esposa idolatrada
de perfecciones mil dechado excelso.

Figura egregia, candelabro de oro
de la luz de su espíritu selecto,
entera ocupará tu fantasía,
entero absorberá tu pensamiento.

Dulcísima atracción de tus sentidos,
de tu alma noble inspiración y aliento,
te hallarás cual lanzado en el vacío,
y alma y sentidos juzgarás desiertos.

¡Dolor y muerte; formidable enigma!
Sin la fe y la piedad problema horrendo,
que, al evocarlo la memoria, espanta
tras la fatiga el anhelado sueño.

En el lecho, ataúd de breves horas,
cuando aún vela el espíritu en silencio,
y en sopor insensible los sentidos,
emancipado vibra el pensamiento,

libre de la atracción que á todos lados
llama y disipa el obligado esfuerzo
del activo vivir, cual lente ustoria,
su luz concentra en el terror supremo.

Y angustioso pavor al alma lleva
la negra inmensidad del gran misterio
y sin fe y sin piedad brota el absurdo
que enloquece y abruma el pensamiento.

Tú, docto amigo, á la menguada ciencia
juzgas locura demandar consuelos,
y con piedad ferviente al cielo pides
en tu pesar resignación y alientos;

y haces bien, que el dolor sin esperanza
sin la fe y confianza en el Dios bueno
y en su justicia, es la tortura horrenda
que halló Niobe en sus terribles duelos.

A su lado, de arqueros invisibles
dardos sin fin los adorados pechos
mortales hieren de inocentes hijos,
sin paz ni tregua en el brutal tormento.

Ella eleva los brazos suplicantes,
que el dolor tuerce, y con sarcasmo horrendo,
de armonías y luz pueblan los aires
los dioses implacables y serenos.

Al Dios de amor en tu piedad levanta
fervosa oración, y yo, á tu ejemplo,
pediré por los dos, la vieja lira
en fúnebres crepúsculos envolviendo.

Eloy García Valero.

BARCAROLA

Al Excmo. Sr. Conde de Pareent.

Ven á mi barco; su latina vela
cóncava y limpia sobre el mástil cruje,
y, cediendo del ábrego al empuje,
más que bogar sobre las ondas vuela.

Lejos del mundo mi pasión te anhela
y á mi nave, por ello, te conduje;
y sólo nos envidia el mar que ruje
y sólo nos persigue la alba estela.

Mírame así: ni intervalo ni pausa
hallar quisiera en tu mirar, que brilla
lleno de amor y de promesas lleno...

¡Ay! Sostenme; que un vértigo me causa
más que el rápido andar de la barquilla,
el vaivén incitante de tu seno.

Ramón A. Urbano.

BARCELONA: Monserrat.



1.ª Ermita de San Miguel.—2.ª Ecce-Homo de mármol (Via Crucis).—3.ª Crucifijo en el camino de la Cueva. Insts. de E. G. Mejía.

LA MEJOR CORONA

*Sobre mi cuerpo una losa;
sobre la losa una cruz;
sobre la cruz unas lágrimas,
lágrimas que viertas tú.*

Era el primero de Noviembre de 188... único en el año en que, al parecer, los vivos se acuerdan de los muertos, dedicándolo á visitar á aquellos con quienes han compartido sus alegrías y dolores y hasta el pan de su mesa.

Un gentío inmenso se dirigía al cementerio; muy pocos iban con la gravedad y compostura propias de las circunstancias: la mayoría, triste es decirlo!, caminaba con el mismo alborozo con que va á una romería ó á ver ejecutar un reo, porque la humanidad es tan egoísta que hasta lo que para unos es motivo de pesar y lágrimas para los demás es de diversión y jolgorio.

El cementerio, siempre tan triste y solitario, estaba animadísimo (?) y concurrido; miles de personas transitaban de un lado para otro contemplando las coronas y demás recuerdos fúnebres, colocados en panteones y nichos, con la misma curiosidad con que contempla los escaparates de un comercio.

Muchos se entretenían en leer los epitafios, riéndose de algunos de ellos, no sin falta de razón, dicho sea con el respeto debido, pero muy pocos se acordaban de rezar siquiera un Padre Nuestro.

Veíanse ricas coronas, retratos, crucifijos, ángeles, ramos, lámparas y delante de algunos panteones lacayos de gran librea sosteniendo grandes hachones encendidos, que hasta el cementerio llegan las vanidades humanas, y la mayor parte de los obsequios que hacen á los muertos se hacen porque no tengan que murmurar los vivos, ¡como si la murmuración fuera posible evitarla de alguna manera!

Ya me retiraba, cansado de tanto oír y ver, y convencido de que para visitar á los muertos y rezar por ellos cualquier día es más conveniente que el destinado á ello, cuando en un apartado rincón, y sobre una humilde losa, me llamó la atención un grupo de niños: eran tres, dos hembras y un varón; la mayor de aquéllas contaría trece años, unos ocho el niño y apenas cuatro la más pequeña; los tres estaban arrodillados y llorando; quedé en observación y vi que el niño, á una indicación de su hermana mayor, dejó sobre la losa una pobre corona de siemprevivas naturales.

—Papás—dijo con melancólico acento—tomad esta corona, porque no podemos daros otra mejor.

Los tres niños se unieron en estrecho abrazo y yo, con las lágrimas en los ojos, pensé que entre todas las coronas y memorias que había en el cementerio aquella era, sin duda, la de más valor.

M. Marzal y Mestre.

PARA LAS OCASIONES

(FABULILLA)

Un zagalón, que guardaba un gran rebaño, llevaba un perro, que nada hacía, y un mastín que destrozaba á cuantos lobos veía.

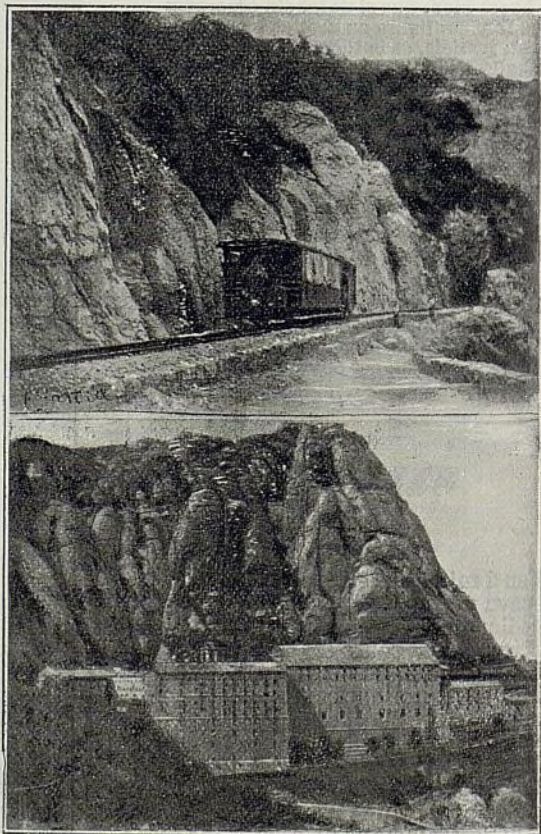
Cuando asaltaba al rebaño algún lobo, el buen pastor, pensando de un modo extraño, para que no hiciera daño al mastín, su defensor, azuzaba á pelear al otro que, sin luchar y agachando las orejas, se dejaba arrebatar siempre dos ó tres ovejas.

—Por qué haces eso—la gente le decía al imprudente pastor, y él, sin hacer caso, nunca exponía á un fracaso al otro perro valiente.

Al cabo llegó á enmendar su manía singular el pastor que así pensaba, pero ya no le quedaba ni una oveja que guardar.

¡Cuántos al, cabo y al fin, pensando de un modo ruín y lanzando amargas quejas, suelen soltar al mastín cuando no tienen ya ovejas!

José Rodao.



BARCELONA: Ferrocarril de cremallera para subir al Monserrat.—Vista general de la hospedería y del santuario.
Insts. de E. G. Mejía.

TEATRO CÓMICO.—“LA CELOSA,,



Juguete cómico-lírico, original de los Sres. A. Casero y A. Larrubiera, música del maestro A. Brull.

ESCENA V

Rosa, (Srita. Prado.)

Llora, prima, llora,
y derrocha lágrimas
por un sinvergüenza que nunca me quiso
y que no tié alma.
No lloro de celos
que lloro de rabia;
de rabia que tengo de ver que me deja
por otra más guapa.
¿Más guapa? ¡Tampoco!

(Con rabia.)

¿Más que yo? ¡Las ganas!
¡Ni tié mi sonrisa, ni tié mis ojitos;
vale más mi cara!

(Con tristeza.)

Carita guasona,
carita gitana,
carita de cielo, como él me decía.
¡Malditas palabras!
Palabras que corren
como corre el agua;
cositas que dicen los hombres á veces,
cositas que matan.
(Se limpia las lágrimas con el delantal.)
Y por estas cruces

(Levantándose.)

que á mí me las paga,
y si tié amor propio y si tié vergüenza,
va á morir de rabia
al verme esta noche
hecha una barbiana
bebiendo y bailando con todo el que diga:
«¿Puede ser, chulapa?»
Eso pa que sufra,
pa que no se vaya
sin un escarmiento, que bien lo merece
por falso y canalla.

Cantado.

Es el mantón de manila
la prenda de más trapío,
y hay que llevarle con gracia
pa que se muevan los chinos.

Cuando voy á los toros
de esta manera,
no hay gachó que no diga:

Voy por las calles
la mar de orgullosa,
crujiente la enagua, con ojos de cielo
con cara de gloria.
Perfuman mi talle
claveles y rosas:

¡Olé las hembras!
Y al ver mi cuerpo,
al presidente mandan
tocar á fuego.

Es un jardín por sus flores,
y por lo bonito un cielo;
sus colores emborrachan

á todos los madrileños.

Al entrar yo al tendido
dice la gente:
¡Bendito sean las rosas
y los claveles!
Y al primer toro,
hay por mi personita
bronca en el ocho.

recoge con gracia mis negros cabellos
la peina de concha;
mis labios de grana
sonríen, yairo-a
cimbreo mi cuerpo y al verme me dicen:
«¡Ahí va una española!»

(Corta unas flores de los tiestos de la ventana, y se las pone en el peinado y al pecho. Coge de la cómoda un espejo de mano, lo coloca sobre una silla y se contempla en él.)

Aquí un par de rosas
y un clavel de grana
que adorne mi pecho. Ahora en las orejas
un par de arracadas.
¡Jesús cómo brillan!
Parecen dos ascuas.
Permítalo el cielo, se quede el ingrato
sin vista al mirarlas,
y de lazarillo
con él yo me vaya;
que siempre le lleve cogido á mi brazo
por calles y plazas.

(Extendiendo el mantón.)

Dime tú, espejito,
tú que no me engañas,
¿qué tal te parezco con estas grandezas
que llevo prestadas?...
¿Le gustaré mucho?...
«¿Que sí?»—Muchas gracias.
¿Seré sólo suya? ¿Me querrá á mí sola?
Contéstame, habla,
dime: ¿Es que soy fea?
Dime: ¿Es que soy guapa?
«Que sí.»—Dios bendiga mil veces tu luna
que nunca me engaña.

(Cuadrándose delante del espejo y haciendo lo que marca el diálogo.)

Así, de ese modo,
los brazos en jarras,
el cuerpo derecho, menudito el paso,
gracejo en la cara,
sonrisa en los labios,
aunque adentro el alma
sufra por su culpa, rabie por sus celos,
muera por su causa.

Buñuelos de viento.

Madrid es innegable que á través del tiempo varía, y varía tanto, que solamente los que le conocieron algunos años há evocan sus escenas, sus costumbres, sus tipos y callejuelas, refrescándolas en su imaginación siempre ávida de retratar, con los vivos colores del recuerdo, juntamente con aquel «pasado» alegre y pintoresco, que en unión de su juventud corrió gozoso por las mal alumbradas y tortuosas calles de la Villa, por los más apartados y característicos rincones del *Madrid viejo*.

Y si bien es verdad que pasada la ceguera producida por el polvo levantado con la demoledora piqueta, los ojos pudieron ver claro los restos de lo antiguo, no es menos cierto que pudieron también enlazar con el que se desmoronaba, el Madrid nuevo, el coloso que al anochecer se pierde entre las nieblas, á la hora en que se presenta espléndido, lleno de vida y movimiento.

Y es que el ayer y el hoy de la villa del oso y del madroño tienen un punto idéntico, un punto de vista típico, característico, ingénito: la tradición de algunos de sus días y de muchas de sus noches...

¿Puede darse algo más clásico y genuinamente madrileño que la apoteosis del buñuelo..., algo más característico y peculiar que una buñolería en los Santos...? No es posible, no existe, y por eso en tal noche nuestro estómago, castigado, digiere por obra y gracia de la costumbre el indigesto y hueco amasijo, y por eso soportamos resignados la carraspera en la garganta y la estancia en el humeante y ennegrecido establecimiento; bien que animados de cuando en cuando con la esperanza de ver surgir de pronto, del fondo obscuro, *la ninfa del aceite*, la hermosa buñolera, que con ademán gracioso pasa y repasa una y mil veces con la cargada bandeja, que esgrime airoosamente sobre nuestras cabezas, rapidísima, sin fatiga, animada por los chicleos y gritando: «¡Una de bolas...! ¡diez anchos...!»

¿Olvidar al de viento...? ¡Oh! no; ese tiene también su sello...; pero es más caro, no está al alcance de todos, y no goza, como el otro, de la *poesía del establecimiento*... Además os le sirven con la misma indiferencia que si no os costara el dinero...

A pesar de esto, siempre que llega su época adquiero tal buñuelo... ¿Por qué...? Desde un año en que al azar me detuve ante el elegante y bien provisto escaparate de un confitero... Dos criaturas, desgredadas y harapientas, le contemplaban, ó



MADRID.—En las Vistillas.—Venta de melones.

(Insts. de Padró y Granés.)

mejor dicho, se le comían con los ojos, sin embargo de separarles de aquellas golosinas solamente la quebradiza luna que las defendía, qué lejos de ellos se encontraban... Con cuánta avidez seguían los muchachos los movimientos del repostero, cada vez que añadía ó retiraba algo de la bolsa del afortunado comprador... De pronto la puerta de la confitería se abrió; salía una señora, era muy hermosa y llevaba á un niño de la mano, que oprimía gozoso un entreabierto paquetito, al que dirigía furtivas miradas... ¡Los desheredados le contemplaban con envidia...! Como helaba seguían tiritando...! Pero, por su suerte, de la entreabierta bolsa se deslizó un buñuelo... y sin darse cuenta de su dicha, como movidos por un mismo resorte, como impulsados hacia él, se lanzaron en persecución de la apetecida golosina, que, por el impulso de la caída, rodaba... y ya iban á tocarle, ya iban acaso á experimentar por la primera vez en su vida la satisfacción de poseer..., cuando un coche les separó de su anhelada dicha, sepultando en el sucio barrizal la soñada felicidad que tanto deseaban...!

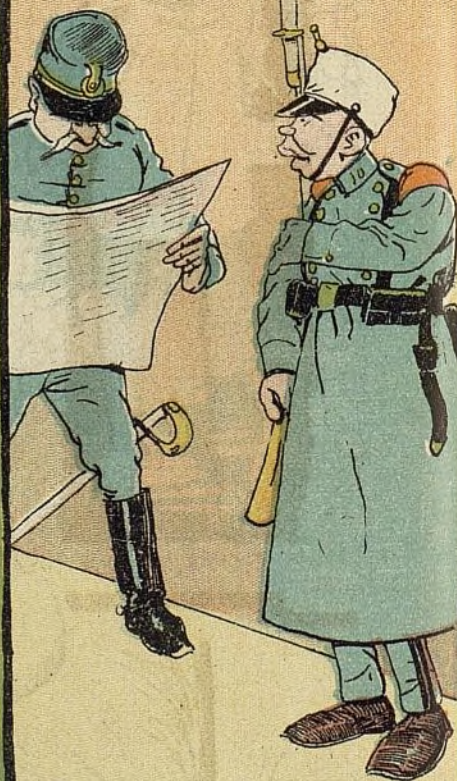
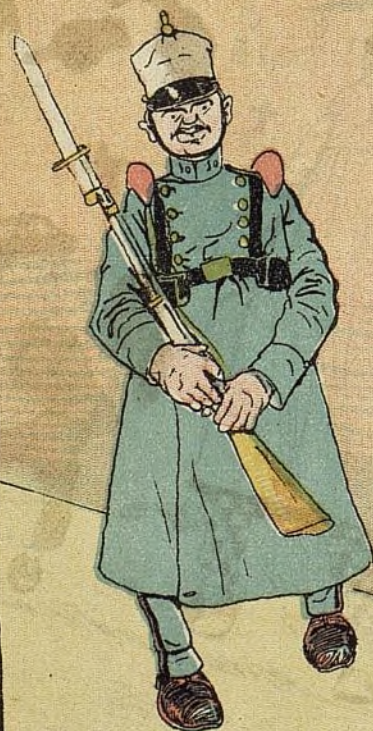
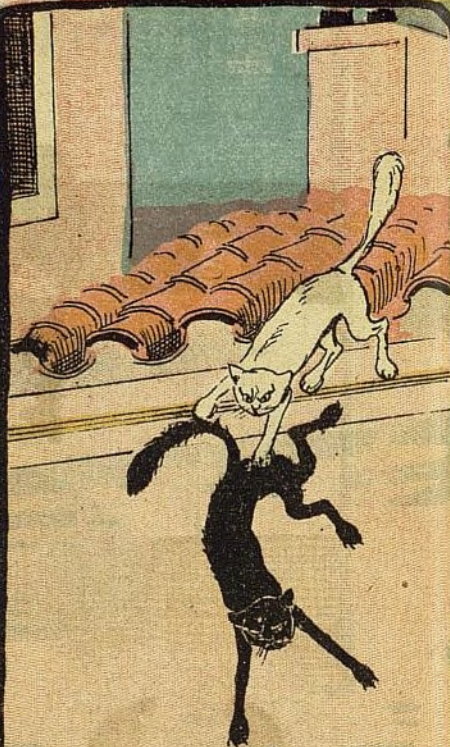
Los dos chicos, mudos de pesar, quedaron atonitos, enjugáronse los gruesos lagrimones que les lavaban las mejillas..., y yo, remontándome al dilatado y socorrido campo de la filosofía, pensé que tienen razón los que dicen que la ilusión es aire... ¡un buñuelo de viento...! algo así como la apetecida golosina de un día feliz, que apenas saboreamos en nuestra fantasía, cuando desaparece aplastado en el barrizal por la prosaica y despiadada rueda de un carromato que sigue á trompicones su carrera, volviéndonos en un instante al breve y empobrecido horizonte de la vida real...

José González Matallana.

LA RISA



Es mui animal en sus bromas el señor Niceto. ¡Pues no me ha preguntado si vengo á tomarla ó á dejarla!



—¡Qué bufidos da el gato de la mayoría! Estará de conversación con la gata de la cantinera. A la cantinera si que la decía yo: ¡miau!

—¡Uy! este si que me da un bufido. Si me distraigo, se me viene la casa encima.



—¡La casa no! El cuartel entero se me ha caído.



—¿Qué hace V. con eso centinela?—Al furriel en seguida y á las marmitas con ello...

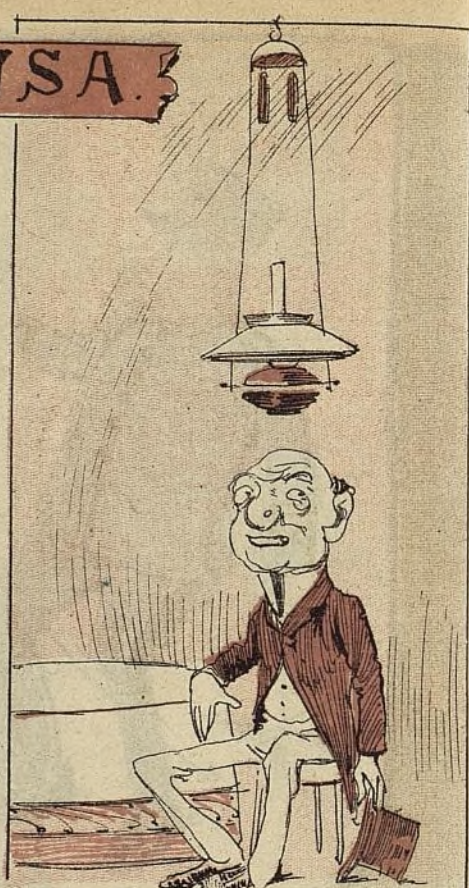
—¡Nos ha caído rancho extraordinario!

Ayuntamiento de Madrid

LA RISA.



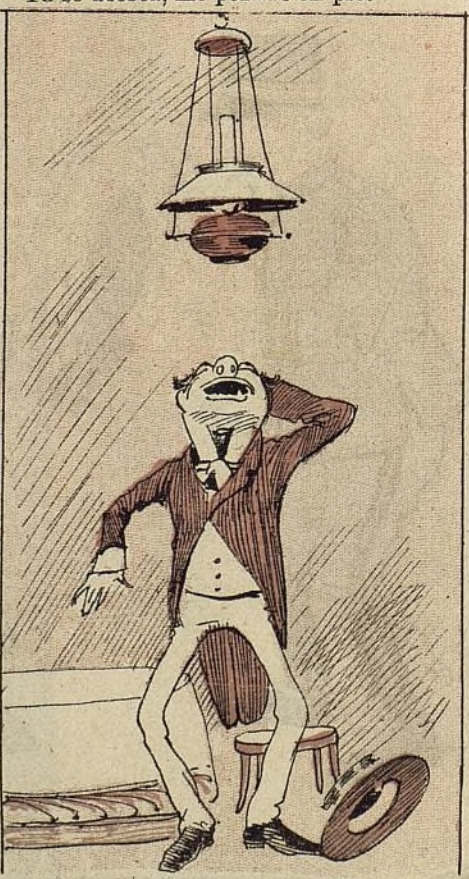
Cuando se sienta en este sofá, me arrojo á sus pies y la declaro mi amor.



Oigo el crujir de su falda de seda.. Ya se acerca; me pondré en pie.



¡Horror! el mundo se me viene encima



¡Carape! No se como he podido tropezar con la cabeza tan arriba.

Oficinas: Clavel, 1, Madrid.

Ayuntamiento de Madrid

UN PERRO LADRÓN

Las mujeres que hacen economías á espaldas de sus esposos pueden ver una lección, tan justa como severa, en el suceso á que se refiere nuestro grabado adjunto.

En París hay una calle que se llama *des Rosiers*, y en esa calle una tienda de carnes curadas y embutidos: una *charcuterie*. En la tienda habitan, como dueños de la misma, marido y mujer, ésta, joven, no mal parecida y ahorradora es la heroína del caso: llamémosla *H.*

Pues la tal *H.* había ido ahorrando (con suerte, ¿eh?) hasta reunir la suma de 28.000 francos, ¡que ya es franqueza!

Metidos en una cartera de tela en forma de sobre guardaba sus veintiocho billetes de mil francos, y los llevaba cosidos al cubre-corsé. Este había que renovarlo, y *H.* una mañana se puso en la tienda á descoser la carterita para mudarla de lugar.

Por la puerta entró un perro de caza, que empezó á jugar con *H.*, y de pronto aprehendió entre sus mandíbulas la cartera y salió á la calle corriendo.

H., llena de consternación, salió tras el can, pero ni el perro ha parecido ni de los billetes se tienen noticias.



PALABRAS GORDAS



os insultos, las amenazas, las imprecaciones, las blasfemias, las maldiciones por terribles y espantosas que sean no me causan impresión alguna.

Son bocanadas de aire vano con las que se desahoga la ira impotente y la cólera mezquina de los míseros humanos. Pudiera creerse que esa tormenta de lengua no es más que el síntoma externo de grandes pasiones; pero sería un error juzgar así, porque precisamente el maldiciente no es ser de grandes pasiones, sino de ánima mezquina, agitada por ruines móviles y sentimientos. Es el procedimiento del imbécil impulsado por la cólera risible del insecto, y precisamente por ese procedimiento se descubre la vileza del que lo sigue.

Así lo juzgarán mis lectores; yo tuve hace pocos días ocasión de apreciarlo en un suceso de escasa importancia.

Salía yo de mi casa por un asunto importante, y apresurado por falta de tiempo, y al atravesar una calle principal, tropecé involuntariamente con una cesta de to-

mates que la vendedora había dejado en medio de la acera. La cesta, estrecha de base y sumamente cargada, cayó apenas la tropecé, y sembró la acera del colorado fruto, impidiéndome continuar mi camino y viéndome precisado á detenerme para no hacer mayor el estropicio.

Rápida como una ardilla, la vendedora cogió una pesa con ánimo de arrojármela á la cabeza, pero se contuvo al verme en guardia con el bastón cogido por el tercio y dispuesto á recompensarla en manera el obsequio que pretendió hacerme en hierro.

Una llamarada de ira asomó á sus ojos, y lanzándome coléricas miradas, prorumpió en una serie de denuestos, que yo no los he oído mayores, ni más variados en toda mi larga vida. Con decir que eran de lengua de verdulera, acreditó su superior calidad. Hubo un momento en que, faltándome la paciencia, pensé morderla á bastonazos; pero el temor de descender al nivel de aquella furia me hizo contenerme.

Dominé mi indignación, y con el tono más modesto del mundo, la dije:

—Creo que no he dado á usted motivo para insultarme así.

Como si mi moderación hubiera multiplicado la ira, cambió los insultos en amenazas; y como yo hice un movimiento de costado para alejarme terminando aquella enojosa escena, la rabiosa verdulera tradujo mi prudencia en cobardía y se lanzó resueltamente contra mí.

Por segunda vez tuve serenidad bastante, y en vez de romperla la cabeza de

un palo pasó el bastón á la mano izquierda, y con la derecha cogí su brazo izquierdo y exclamé placenteramente:

—Cálmese usted, mujer, y recoja usted sus tomates.

Acompañé mis palabras con tal apretón, que á pesar suyo la clavé de rodillas en el suelo y le hice conservar su humillante posición delante de mí.

La conciencia de su inferioridad caldeó aún más la lengua de aquella furia; ya no se atrevía á insultarme, ya no me amenazaba, pero soltó tantas y tales maldiciones, que no quedó en la tierra ni en el cielo ser, persona ú objeto que no sufriera las descargas de su asquerosa rabia.

A nuestro alrededor se había formado un corrillo y yo estaba violentísimo en aquella situación, porque no estaba seguro de conservar el aplomo que hasta aquel momento había tenido.

Apareció un guardia municipal. Sin preguntar palabrase dió cuenta del suceso y me interrogó en una mirada, dándome á entender que se ponía á mis órdenes.

La verdulera, cuya lengua no había respetado al Ser Omnipotente, calló como una muerta ante el municipal, el cual exclamó con voz de trueno:

—Recoja los tomates y largo de aquí.

Creí que era deber mío interceder por la increpada y dije al municipal:

—No tiene la culpa esa pobre mujer, sino yo, que sin querer, he derribado su cesta, quitándole la ocasión de la venta.

Solté entonces el brazo de la mujer, que levantó atónita los ojos y me miró con tal sorpresa, que á poco más me hace reír. Con la mayor humildad se dirigió al municipal y dijo balbuceando por el miedo:

—Déjeme usted recoger mi pobreza y me iré donde usted mande.

—No hay motivo ninguno, dije yo, para que se haya formado este corrillo; despeje usted esta gente.

Así lo hizo el municipal, pero sin alejarse mucho, como deseoso de tener á raya á la iracunda verdulera, tan súbitamente amansada.

La mujer fué recogiendo y limpiando los tomates con el delantal, sin atreverse á levantarse del suelo ni alzar siquiera la cara.

Sólo se le oía gemir penosamente. Puse un poco de atención, y sobre sus curtidadas

mejillas vi deslizarse dos lágrimas silenciosas. Agucé los oídos y la oí murmurar con apagada voz: «He perdido lo mejor de la venta. ¡Con haberse caído se han estropeado muchos tomates! ¡Lo que es hoy no gano ni para comprar un panecillo!»

Lo que con insultos, amenazas y blasfemias no había conseguido aquella desventurada, lo consiguió con su humildad y con aquellas angustiosas lágrimas, sintiéndome yo pesaroso por el daño que mi encuentro la había causado, y verdaderamente conmovido exclamé:

—Atienda usted, buena mujer; ya que he causado á usted perjuicio, aunque sin querer, hágame el favor de tomar estas dos pesetas.

Se levantó, me miró, no ya con sorpresa; me miró con un asombro inconcebible y me contestó:

—No, señor; no las tomo. ¡Si toda la cesta no vale siquiera una! Además, de otra persona las tomaría, pero de usted me da muchísima vergüenza.

Y debía ser verdad, porque el curtido rostro de la verdulera estaba del color de sus tomates.

—¡Vergüenza de qué! ¡He dicho algo que la ofenda á usted?

—No, señor; ¡todo lo contrario!—exclamó la mujer echándose á llorar con inmensa amargura; me da vergüenza por lo que le he dicho á usted...

pero como es una así... y se ha criado sin educación... vamos, que se va la lengua... y dice una cosas que luego le pesan...

Hizo ademán de marcharse enjugándose las lágrimas. Yo fuí entonces el que la detuvo.

—Ya suponía yo que ni usted me insultaba con razón, ni me amenazaba con ira; no soy tan chiquillo...

—Toma, pues si hubiera usted sido chiquillo...

—¡Hola! ¡hola! ¿Conque si hubiera yo sido un chiquillo hubiera usted pasado á vías de hecho?

La verdulera, sorprendida por esta pregunta, se mordió los labios.

Yo continué:

—Conque si un infeliz muchacho, por un aturdimiento muy perdonable, hubiese



tropezado con la cesta de usted, le hubiese usted pegado..., herido, tal vez... lisiarle para toda su vida... quizás por un golpe desgraciado dejarle muerto... No; no lo ha pensado usted bien. Eso es una cobardía.

—¡Sí. Tiene usted razón, dijo sofocada la verdulera; no sabe una lo que hace! En fin, gracias á Dios...

¡Cómo gracias á Dios! ¿Pues no ha estado usted insultándole groseramente y tratando á su Santísima Madre peor que á una ramera?

La verdulera estaba cárdena de vergüenza y tan sofocada que no acertaba á contestar.

—Ha blasfemado de Dios y de la Santísima Virgen porque veía usted remoto el castigo, y ha sido cobardemente humilde ante el municipal porque podía inmediatamente sacudir á usted un par de bofetones.

El que blasfema es un cobarde.

—Es verdad, señor, es verdad—repuso la verdulera llorando;—pero ya ve usted, costumbre de toda la vida... lo hace tanta gente.

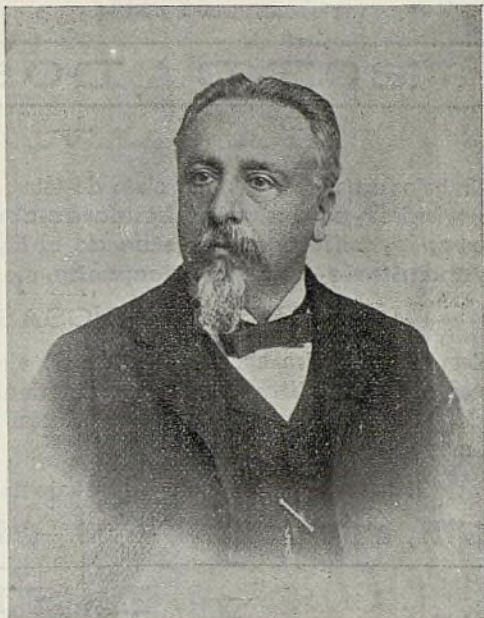
—Pues no hacerlo en lo sucesivo, ya que usted confiesa que la blasfemia es una injusticia, además de ser una cobardía. Y sobre todo, si tiene usted hijos, no los enseñe á blasfemar.

Para lección de moral, en medio de la calle, me pareció larga la entrevista. Llamé al municipal, y dándole las dos pesetas, le dije:

—Esta pobre mujer rehusa tomar esas dos pesetas por el perjuicio que la he causado.

—Tómalas, mujer, dijo el municipal con tono de autoridad seca, poniéndoselas en la mano.

—Muchas gracias, señor, replicó la ver-



D. JACINTO RIBEYRO
distinguido literato.

dulera; muchas gracias por todo, por todo lo que usted me ha dicho, que no lo olvidaré en mi vida, y que le agradezco muchísimo más que las dos pesetas, y eso que con ellas tengo pan para mis hijos.

Se enjugó las lágrimas con el delantal y continuó por la calle adelante, gritando con voz entrecortada y ronca por la emoción.

—¡Maduros... como la grana... tomates!

Jacinto Ribeyro.

LIBRO NUEVO

Piedras preciosas es el apropiado título que da la Biblioteca Moderna al cuarto de los libros que lleva publicados.

Son cien sonetos trazados por la vibrante pluma de Salvador Rueda, única á quien es permitido tornar en poesía escrita los rayos del sol meridional.

La idea originalísima de vender la pedrería legítima al precio de los diamantes americanos (50 céntimos) no impide que el libro sea un primor editorial; como obra literaria no es primor, sino catedral, porque Rueda ha discu-

rrido no contentarse con lo amatorio en vez de limitar su horizonte á la gamma de la naturaleza y del amor, ha puesto á contribución en *El poema de los átomos* la creación entera, y en *Los mármoles* los más bellos asuntos de la estatuaría clásica.

No recomendamos el libro; ¿para qué? Rueda es el solo poeta de este tiempo á quien se le ve el alma á través de los versos, y esa sinceridad de su musa es lo que le ha procurado tantos amigos é imitadores.

G.

TEATROS

Apolo.—*El corneta de órdenes*, de Carlos Arniches, gusta más cada noche y son llamados al proscenio actores y autores.

Prosiguen los ensayos de *Los gitanos*.

Zarzueta.—Continúan proporcionando buenas entradas *La balada de la luz*, *El Guiltarrico* y *La Tempranica*.

Princesa.—Matilde Moreno y M. Muñoz hacen un *Don Juan Tenorio*, que merece verse.

En breve se verificará el estreno de *La reina y la comediante*, con decoraciones de Murriel y muebles y tapices de época.

Parish.—*El tesoro escondido*, es una obra que con intérpretes como la Srta. Domingo y Casañas, quedará de repertorio. También en el *Ídolo de la Africana* obtienen, V. González y la Srta. Gurina, muchos aplausos.

Eslava.—*Lucha de clases*, de Sinesio Delgado y Abati, continúa llevando mucho público.

Sandías y melones, de Arniches, está ensayándose.

Moderno.—*Don Gonzalo de Ulloa*, de Perín y Palacios, tuvo un éxito franco y grande. Esta obra que tiene mucha gracia, pero mucha gracia, se representará en toda España.

Lara.—Continúan los ensayos de *Condición humana*, de López Marín.

La compañía de este elegante teatro es aplaudidísima todas las noches, y en verdad que todos se lo merecen.

Comedia.—*Los galeotes* proporcionan á sus autores y á la compañía muchas salidas al proscenio y á la empresa buenas ganancias.

García Ortega, Vallés, Rubio, Mendiguchía, La Riva y las señoras Pino y Rodríguez y señoritas Catalá y Bettini están inimitables en la hermosa obra de los señores Alvarez Quintero.

Español.—El abono es nutrido en este coliseo. Todas las noches se ve la tablilla: «No hay billetes.»

Un espectador que paga.

GRAN TALLER

DE

BORDADOS

CASA SALVI

Trabajos artísticos, en toda clase de telas, para **teatros, bailes, estandartes, banderas, cintas para carreras, uniformes, objetos de sala, gabinete, dormitorio, comedor, despacho**, etc.

LABORES RELIGIOSAS

Esta casa se dedica en especialidad á la ejecución de *ternos, casullas, cortinas de sagrario*, paños de altar, *estandartes* y cuantas labores de culto pueda desear la persona del más refinado gusto é ilustración.

Esta casa sólo se dedica al trabajo fino.

CLAVEL, número 1, entresuelo, MADRID.—CASA SALVI

LICOR

DEL

POLO DE ORIVE

Este dentífrico higiénico es el único que combate las caries; sus condiciones antisépticas son asombrosas.

La venta de 20 000 frascos por mes en Madrid solo, demuestra la supremacía del **Licor del Polo de Olive** sobre todos los dentífricos extranjeros. No tiene sacarina, sal ni ácido salicílico, que son tan perjudiciales al esmalte, y contiene un dentífrico alemán.

LA ELEGANCIA

Semanario de modas, para señoras y señoritas, el más útil y práctico.

3 meses, 3,50 pts.—6 meses, 7 pts. Se suscribe en nuestras oficinas:

Clavel, 1. Madrid.

Gran Taller

DE

FOTOGRAFADO

con todos los adelantos modernos.

P. Santamaria.

1, Clavel, 1

PARODIAS

CON

CARICATURAS

de las obras teatrales que más éxito obtienen.

La Golfemia, 25 cént.

Maria de los Angeles, 25 céntimos.

La balada de la luz, 25 céntimos.

De venta en nuestras oficinas y en las principales librerías de España.

Instantáneas es un semanario elegante y de forma nueva, tirado en papel couché.

Instantáneas tiene 20 páginas de texto, ilustraciones y fotografías.

Instantáneas es un semanario de actualidad de literatura clásica, humorística y artística.

Instantáneas publica 16 páginas de novela encuadernable.

Instantáneas contiene cuatro páginas en colores con título de *La Risa* y de caricaturas.

Instantáneas abrirá concursos originales con premios.

Instantáneas, á pesar de la gran cantidad de elementos que contiene, solo cuesta **20 céntimos** número en España.—**30 céntimos** en el Extranjero.—**40 reis** en Portugal.—**1 peseta** un mes en España y **200 reis** en Portugal.

Oficinas: Clavel, 1. Madrid,

INSTANTANEAS

Es la revista más útil, artística y económica que se publica los sábados.

En España, seis meses, 6 pesetas.—Un año, 12.—En Portugal y América fijan el precio los señores corresponsales. Extranjero, 15 pesetas año, pago adelantado.—Oficinas: Clavel, 1, Madrid.

Año 1898: colección de 12 números y el 13, que es el almanaque para 1899, 4 pesetas.—Año 1899: números del 14 al 65, 10,50.—Año 1900: almanaque, 1.—Album «Instantáneas sevillanas», 0,50.—Album de Zaragoza, 0,50.—Album de Carnaval, con 58 figurines de máscaras, 0,50.

ALBUMS MINIATURAS INSTANTANEAS DE BAILARINAS

La bella Guerrero, 0,25 pesetas.—Carmen Luque, 0,25.—Amparo Gómez, 0,25.—Tapas para 1898, 2,90.—Idem para 1899, 2,90.—Idem para 1900, cuatro meses de Enero á Abril inclusive, 2,90.—Idem para 1900, de Mayo á Diciembre, 3 pesetas.



LA BORDADORA
ARTÍSTICA

Albums de labores

y abecedarios

Un número mensual de 16 páginas.

Cada album, 2,50 pesetas.

Tres meses, 7 ptas.

Oficinas: Clavel, 1
MADRID

DIBUJOS

Para toda clase de labores de realce, encajes, matiz, cañamazo, crochet, etc.

ALMACÉN de papel y objetos de escritorio de B. AYORA, Concepción Jerónima, 15, Madrid.

ADMINISTRADOR

DE

FINCAS

En Madrid, se ofrece con garantías en las oficinas de

INSTANTÁNEAS

CLAVEL, 1.—MADRID

Los números regionales

Zaragoza, Navarra, Valencia, Bilbao, Cartagena

se venden en nuestras oficinas al precio de 50 céntimos.

INSTANTÁNEAS

ha puesto á la venta en todas las librerías de España y Portugal un gran retrato tirado á dos tintas de Pablo Sarasate, el gran violinista universal. Solo cuesta 1,25 pesetas y se remite certificado pidiéndolo á sus oficina Clavel, 1, Madrid

Ayuntamiento de Madrid



vencita espigada que ya tenía pretensiones de moza.

Bailó doña Francisca en la fiesta que hubo, después de arras y epístola, en su casa, haciendo girar, ante el plantel de mozelas y mozueros, aquella campana de círculos de acero que llevaba sujeta á la cintura, y se estuvo hablando del mirinique de Curra, ya pasada la boda, lo menos seis meses, con los comentarios, admiraciones y aspavientos dignos de caso tan sonado y de tanta distinción y viso.

Ello es que doña Francisca tuvo en semejante ocasión el mayor triunfo que puede tener una mujer de su clase: fué traída y llevada en lenguas por esquinas y puertas de calle; fué festejada, envidiada, aplaudida, y en su memoria quedó su noche de boda como una sugestiva y rutilante noche de oro.

A poco de este suceso magno, cuando Curra aún sentía en los labios lo dulce de su felicidad, perdió, de la noche á la mañana, á su esposo, al cual fué servido Dios de llamarlo á la otra vida; y la apenada esposa, no bien esposa cuando ya viuda, vertió toda el ánfora de sus lágrimas, estuvo á punto de seguir al que quiso en su eterno viaje, de la angustia que le sobretrajo el corazón; y, como quien cuelga

Y al rebotar sobre las piedras, soliendo partículas de humbre, parecían de ira y venganza, que en la sombra dilataban su pupila.....

—¡Dejaría que llorase por su mirinique hondo, desgarrador, infinito: día, echóse á llorar con desconsuelo y cuando se persuadió de que no podía para arrastrarse á la pira; el fuego para arrastrarse á la pira; zuelo, después metió ambas manos en ro arrastrarse á viva fuerza al mo-

La señora Francisca intentó prime- lo elevó en señal de ignominia. la cintura, burlando las llamas; otro mozo le dió una palada y lo devolvió hizo rodar, ardiendo, por el suelo; un lo cogió con un gancho, tiró de él y lo doles coro los chiquillos. Uno de ellos zos en un fogorero atronador, hacien- el condenado! —gritaban mozas y mo-

—¡Valiente adelesio! ¡Arda el ma- marracho! ¡Cómo se retuerce y chilli- el condenado! —gritaban mozas y mo-

baque, muera lo antiguo, abajo los trasos y los vejedores! —oíase vociferar entre nuevas carcajadas de ju-

El mirinique sentimental.

su juventud, colgó de un clavo aquel mirinique que nunca jamás volvería á dar exuberancia á su persona.

Constituida en eterno velatorio su alma, Curra pasaba su vida arrodillada, en recuerdo, ante los fríos restos del amor de su esposo, y fueron inútiles cuantas frases de consuelo, cuantas conversaciones encaminadas á alegrarle el corazón y cuantas visitas hicieronle sus amigas para distraerla de su dolor, ante aquel llorar y llorar en silencio lágrimas de lo más hondo, con que Curra deploraba la partida del hombre á quien quiso.

Nuevos mozos arrastraron el ala en derredor de la honestidad de la viuda, otros corazones le hicieron declaraciones de amor empapadas en almíbares y canela, y hasta hubo palabras mayores entre pretendientes, por querer cada cual conseguir el lauro victorioso; pero Curra seguía con el alma de rodillas ante el recuerdo del bien perdido, y nada ni nadie pudieron arrancarle la mirada de la visión remota donde clavada la tenía.

La cara redonda y sana de la viuda, parecida á una rosa á medio abrir; el seno duro y alto donde se hospedó el amor durante breve tiempo; las manos satinadas y finas y el cuerpo bien trazado y airoso, al rodar de años y

de las llamas.—¡Arda el último miri- dando crucifijos en el profuso penacho lo conducía, lo arrojó al aire, y cayó ventud del muro; lo alzó el mozo que con el que Curra había cogido su ju- da general, almorzadora, el miriñaque ¡oh, dolor!, asomó entre una carcaja- llena de regocijo á la mano. De pronto, sas, todo cuanto la gente joven cogía ron para extender los racimos de pa- desportillados, esteras que se utiliza- llamas, fruteros inservibles, capachos que tomases aun más incremento las señora Francisca iban cayendo, para A la pira del cortijo donde vivía la sus mocedades.

ras lucientes; los viejos recordaban las de los mozos alrededor de las pi- go; las mozas cruzaban sus coplas con llan, como salamandras, sobre el fue- vivas. Los chiquillos saltaban y bu- erizado de luminarias palpitantes y constelación, un enorme mano negro, ra. Era toda la comarca una inmensa- lumbré, oración de llamas y hermosu- la plegaria de gracias era también de cuanto la estación echó de su seno, y cosecha; brío y salud, y arrancan- rano; sol, hecho jugo, los vinos de la- conocimiento. Calor había sido el ve- hablaba al cielo de gratitud y de re- de lenguas de fuego, con las que se cercano, empezaron á verse las pilas

años, fueron perdiendo su brillantez y frescura; y aquella Curra tan bella como inconsolable, fué pasando insensiblemente de Curra á doña Francisca, y después de más años aún, á una doña Francisca de semblante deshojado por el eterno lloro, y en torno de la cual quedó la venerable aureola de una virtud intachable y de una pena que excitaba á profunda misericordia.

El miriñaque seguía pendiente del clavo, como una reliquia de amor; hasta pareciale á la digna anciana que por aquellos círculos se remontaba el pensamiento hacia el cielo, en busca del eterno cuanto amado ausente.

Llegó una noche de fines de verano andaluz, cuando ya están las trojes repletas de simientes; cuando los racimos duermen labrados en las cajas, cuando el vino echa arranques de mocedad al calor de la bota madre que lo cría, y como fiesta de gracias al Dios que derramó la hermosura y la abundancia en los cortijos, se dispuso todo para las *candeladas*. Noche de vaguedad y de poesía, de entusiasmo y de pena á un tiempo mismo...

En toda la comarca, cerca y lejos, á derecha y á izquierda, desde el confín más remoto hasta el *lagar* más



El Miriñaque sentimental.

No recuerdo bien en qué noche de fines del verano andaluz se celebra una costumbre, que consiste en encender *candeladas* á la puerta de todos los cortijos que constituyen una comarca; lo que sí recuerdo es que en una de esas candeladas fué quemado el último miriñaque que hubo en España; y como este miriñaque tiene una historia sentida, me dispongo á relatarla, diciendo, al empezar, la frase que suele repetirse en casos tales: «Pues señor, y va de cuento».

Y el cuento es que *doña Francisca*, *Curra* en su segunda juventud y *Curríta* en su primera, había sido obsequiada, en el día de su boda, por su fina cuanto cariñosa abuela, con un flexible y bien tramado miriñaque, el cual artefacto fué, en tan memorable día, el asombro, y más que el asombro la envidia de toda casada que aún la echaba de mozueta, de toda mozueta anhelosa de ser casada y de toda jo-

EL GRAN TACAÑO

por D. Francisco de Quevedo.

CONTINUACIÓN



esa, ¿había cosa más alta? Pero yo tengo pensado hacerla toda de papagayos, torcos y picazas que hablan, y meter para el entremés monas. Por cierto alta cosa es esa.

—Otras más altas he hecho yo—dijo—por una mujer á quien amo, y ve aquí novecientos y un soneto y doce redondillas—que parece que contaba escudos por maravedís—hechos á las piernas de mi dama.

—Yo le dije que si se las había visto él, y respondiéndome que no había hecho tal por las órdenes que tenía; pero que iban en profecía los conceptos.

Yo confieso la verdad, que aunque me holgaba de oírle, tuve miedo á tantos versos malos; y así comencé á echar la plática á otras cosas. Decíale que veía liebres, y respondía él:

—Pues empezaré por uno donde la comparo á ese animal, y empezaba luego. Yo por divertirle le decía: ¿Ve vuesa merced aquella estrella que se ve de día? A lo cual dijo: En acabando éste le diré el soneto treinta en que la llamó estrella, que no parece sino que sabe los intentos de ellos. Afligime tanto con ver que no se podía nombrar cosa á que él no hubiese hecho algún disparate, que cuando vi que llegamos á Madrid no cabía de contento, entendiéndome que de vergüenza callaría; pero fué al revés, que por mostrar lo que era, alzó la voz entrando por la calle. Yo le supliqué que lo dejase, poniéndole por delante que si los niños oían poeta, no quedaría troncho que no viniese por sus pies tras nosotros por estar declarados por locos en una pragmática que había salido contra ellos, de uno que lo fué y se recogió á buen vivir. Pidiéndome muy congojado que la leyese si la tenía. Prometí hacerlo en la posada; fuíme á una adonde él se acostumbraba á apear, y hallamos á la puerta más de doce ciegos: unos lo conocieron por el olor y otros por la voz. Diéronle una barbanca de bienvenido, abrazálos á todos y luego comenzaron unos á pedirle oración para el Justo Juez en verso grave y sentencioso, tal que provocase á gestos; otros pidieron de las ánimas, y por aquí discurrieron, recibiendo ocho reales de señal de cada uno. Despidiólos y díjome: Más me han de valer de trescientos reales los ciegos; y así con licencia de vuesa merced me recogeré ahora un poco para hacer alguna de ellas, y en acabando de comer oiremos la pragmática.

¡Oh vida miserable! pues ninguna lo es más que la de los locos, que ganan de comer con los que no lo son.

CAPÍTULO X

De lo que hice en Madrid, y lo que me sucedió hasta llegar á Cerecedilla, donde dormí.

Recogióse un rato á estudiar herejías y necedades para los ciegos. Entretanto se hizo hora de comer; comimos, y luego

pidieron se leyese la pragmática. Yo, por no haber otro que hacer, la saqué y la leí, la cual pongo aquí por haberme parecido aguda y conveniente á lo que se quiso reprimir.

Decía de este tenor:

PRAGMÁTICA

contra los poetas hueros, chirles y ebenes.

Dióle al sacristan la mayor risa del mundo, y dijo: hablara yo para mañana. Por Dios que entendí que hablaba conmigo y es sólo contra los poetas ebenes. Cayóme á mí muy en gracia oírle decir esto, como si él fuera muy albillo ó moscatel. Dejé el prólogo, y comencé el primer capítulo, que decía:

Atendiendo á que este género de sabandijas, que llaman poetas, son nuestros prójimos y cristianos—aunque malos,—viendo que todo el año adoran cejas, dientes, listones y zapatillas, haciendo otros pecados más enormes, mandamos que la Semana Santa recojan á todos los poetas públicos y cantoneros, como á las malas mujeres, y que los desengañen del yerro en que andan y procuren convertirlos, y para ello señalamos casas de arrepentidos.

Item, advirtiendo los grandes bochornos que hay en las caniculares, y nunca anohecidas coplas de los poetas del sol, como pasas á fuerza de los soles y estrellas que gastan en hacerlas: les ponemos perpetuo silencio en las cosas del cielo, señalando meses vedados á las musas, como á la caza y pesca, porque no se agoten con la priesa que les dan.

Item, habiendo considerado que esta secta infernal de hombres, condenados á perpetuo concepto, despedazadores de vocablos y volteadores de razones, ha pegado el dicho achaque de poesía á las mujeres; declaramos que nos tenemos por desquitados con este mal que las hemos hecho del que nos hicieron al principio del mundo. Y porque aquel está pobre y necesitado, mandamos quemar las coplas de los poetas, como franjas viejas para sacar el oro, plata y perlas, pues en los más versos hacen á sus damas de todos metales. Aquí no lo pudo sufrir el sacristán, y levantándose en pie, dijo: Mas no, sino quitarnos las haciendas; no pase vuesa merced adelante, que de eso pienso apelar, y no con las mil y quinientas, sino á mi juez, por no causar perjuicio á mi hábito y dignidad; y en prosecución de ella gastaré lo que tengo. Bueno es que siendo yo eclesiástico hubiese de padecer este agravio. Yo probaré que las coplas de poeta clérigo no están sujetas á tal pragmática, y luego quiero irlo á averiguar ante la justicia.

En parte me dió gana de reír; pero por no detenerme—que se me hacía tarde,—le dije: Señor, esta pragmática es hecha por gracia, que no tiene fuerza, ni apremia,

(Continuará.)

INSTANTÁNEAS

BIBLIOTECA CLÁSICA — LA RISA

AÑO III A IV DE SU PUBLICACIÓN

Esta revista semanal de arte y letras es la más elegante y útil de España

DIRECTOR: D. MANUEL SALVI

Instantáneas es un semanario presentado bajo una forma nueva y original, tirado en colores en papel couché.

Instantáneas tiene 20 páginas de texto, ilustraciones y fotografías por nuestros mejores literatos, dibujantes y *amateurs* fotógrafos.

Instantáneas es un semanario de actualidad, de literatura clásica, humorística, mundana y artística.

Instantáneas publica 8 páginas encuadernables de novela clásica y contemporánea en cada número, tirada en papel couché.

Instantáneas contiene cuatro páginas en colores con el título LA RISA, ejecutados por nuestros mejores caricaturistas.

Instantáneas abrirá una serie de concursos originales, con grandes premios, para sus lectores.

Instantáneas estará de venta los sábados en todas las librerías y puestos de periódicos, y en sus oficinas, Clavel, 1, Madrid.

Instantáneas á pesar de la gran cantidad de elementos que contiene, sólo cuesta

20 céntimos el número en España.

30 céntimos en el extranjero.

40 reis en Portugal.

Una peseta al mes en España.

200 reis al mes en Portugal.

TIPOGRAFÍA MODERNA.—Espíritu Santo, 18.—MADRID

Ayuntamiento de Madrid